

cial uso de la clase que se dice ilustrada en nuestros días, todas ó algunas de las obras anunciadas en la *Biblioteca Nueva*; de que esta manifieste el influjo general de los santos en la vida social y política de los pueblos; de que aquella, echando una ojeada por la historia del Papado, trate de neutralizar el espíritu del juicioso abate Fleury; de que la otra describa las fiestas y ceremonias de la Iglesia, demostrando cómo pueden santificarse cada hora y cada acción de la vida cristiana; de que otra cuente la fundación y las obras de las misiones y órdenes monásticas; de que se inculque á todos los historiadores el deber de mostrar, según indica nuestro prospecto, cómo las naciones se han engrandecido ó se han degradado, conforme se han acercado ó se han alejado del Evangelio, indicando por medio de la fiel historia de los cismas y las heregias la verdadera fuente de nuestras desgracias; de que se hiciese todo esto, juntamente con estudios inspirados por este mismo orden de ideas acerca de las letras, las ciencias y las artes, ¿se sigue de todo esto, repetimos, la extraña deducción de que todo está perdido, y que la religión va á sucumbir?

Que habría errores en todos ó en la mayor parte de aquellos libros: pues ahí están el Sr. Gaduel y sus colegas para señalarlos, y en pos de ellos estaría también la Iglesia para condenarlos, si tanto merecían, aunque siempre es muy probable que no condenara todos los que señalasen los censores.— Pero entre tanto, apesar de esos errores, ¿cuántos entendimientos esclavos hoy de la mentira no recibirían un choque saludable! ¿cuántos otros que vacilan, no se afirmarían en profesar la verdad! ¿Cuánta falsedad hondamente arraigada no caería por tierra! ¿Cuánta sandez como se ha impreso y reimpresso, no dejaría de circular por largo tiempo!

Y ya que el Sr. Gaduel insiste tanto en este punto de los errores, en el supuesto de que no hemos tomado previamente consejo de ningún teólogo ¿quien le dice que no lo hayamos hecho? Hemos, sí, procedido con parsimonia, porque si el Sr. Gaduel tiene miedo del ultramontanismo, nosotros lo tenemos del galicanismo: ¿quién va mas derecho de nosotros dos? Pero en el interin, bien hemos podido confiar en que un libro de D. Pitra, ó del presbítero Martinet ó del señor obispo de Annecy podían pasarse sin previa revisión. Si el Sr. Gaduel hubiera también querido darnos un libro suyo ¿habría aceptado á nuestros teólogos?

Basta ya de polémica: creemos haber justificado á la prensa religiosa seglar: una sola cosa nos queda que hacer, y es rogar al Sr. Gaduel que puesto que tan poco idóneos nos juzga para dar al mundo la verdad que necesita, ponga manos á la obra, y ayudado de sus colegas, y de cuantos escritores le parezcan exactos y puros ortodoxos, ejecute nuestro plan; no solicitamos el honor de ser unidos á sus colaboradores; lo único que le pedimos es que no entren por nada en las obras que nos dé, ni el *parti-*

cularismo, proscrito ya de Roma, ni el fastidio que ahuyenta á los lectores. A este precio, damos al Sr. Gaduel el medio de ganar una aureola que no ganará seguramente en el mal camino que ha escogido y del que deseamos verle salir cuanto mas pronto mejor; pues tales son los afectos que nos inspira.

V.

El *Ami de la Religion* ha publicado la siguiente carta del Sr. Gaduel, escrita en respuesta á la que el Sr. DONOSO CORTÉS nos dirigió con fecha 23 de Enero.

«París, 3 de Febrero de 1853.—Sr. marqués de Valdegamas: la carta que últimamente ha dirigido V. al *Univers* con motivo de la crítica que me he creído en la obligación de consagrar á su ENSAYO SOBRE EL CATORICISMO, EL LIBERALISMO y EL SOCIALISMO, me decide á tomarme la libertad de escribirle.

«Desde luego, señor marqués, me apresuro á reiterar á V. que no pueden ser mayores de lo que son mi respeto, mi aprecio y mi verdadera caridad hácia su honorable persona; superiores á estos afectos no son en mí sino el respeto, el aprecio y amor que debemos todos profesar á la verdad, nuestro bien comun y el supremo.

«En mis artículos acerca de la obra de V. he reiterado con instancia estos sentimientos, y la carta que acaba V. de publicar me confirma en ellos. En esta carta dice V. que no ha leído ni podría leer mi escrito á causa de sus graves é importantes ocupaciones; lo siento, porque de este modo le será imposible apreciar debidamente mi trabajo; y tanto por esta razón como por otras muy delicadas, me creo dispensado de dar á V. explicación ninguna acerca de él. Por otra parte, ya V. dice, sin creerse obligado á examinar si su libro contiene ó no los graves y numerosos errores que yo y algunas otras personas le imputamos con razón ó sin ella, que le basta saber que se le acusa de haber cometido gran número de heregias para declarar, como declara, que desde ahora y para siempre condena todo lo que tenga condenado, condene y pueda en adelante condenar, en otros ó en V., la Santa Iglesia Católica, de la cual tiene á dicha ser hijo sumiso y respetuoso.

«Siendo V. como es una persona de fé y de virtud tan conocidas; nadie seguramente extrañará verle tan sumiso; y si algún día sus ocupaciones le permiten pasar la vista por mis artículos, en ellos verá que siempre he tenido por indudable esas dichas disposiciones de su corazón, como una y otra vez lo digo con sinceridad no menos indudable.

«Permitame V., sin embargo, señor marqués, que le diga aquí toda

»mi opinion en este punto. Yo creo, y V. pensando piadosamente creará
»tambien como yo, que en materia de fé y de doctrina católica, es la ver-
»dad una cosa demasiado grave y sagrada, para que un escritor religioso
»á quien se hace cargo de haber públicamente enseñado, aunque sea de
»buena fé, errores graves, crea cumplir con una simple y vaga declara-
»cion de sumision á la Iglesia. Cualquiera que este escritor sea, eclesiás-
»tico ó seglar, como V. dice, hombre oscuro ó de gran fama, ignorante
»ó sabio, está en el deber de examinar ó hacer que otros examinen si su
»libro contiene ó no los errores que se le imputan; y en caso afirmativo,
»está en el deber de reconocerlos, y de suprimirlos, para evitar el riesgo
»que causan.

»Ciertamente, señor marqués, no tengo el honor de que V. me co-
»nozca, y aun del público soy bien poco conocido; pero en todo caso
»nunca me daria esto derecho á confiar de tal modo en mí, que preten-
»diera el que por mi sola palabra confesara V. y se retractara de los erro-
»res que he creído ver y he señalado en sus escritos. Pero permítame V.
»decirle que cuando un hombre, á quien no se conoce, pero que es un
»eclesiástico ocupado toda su vida en enseñar la Religion, indica en un
»libro errores que tiene por importantes; cuando cita los textos en que
»estos errores constan, y al pié de los textos pone por añadidura las ver-
»dades católicas que estima atacadas, ¿no le parece á V. que hay alguna
»razon para pensar seriamente en el asunto? Mi inquietud creo que de-
»beria excitar la de V., y yo en su lugar concebiria algunas dudas, y tra-
»taria de ver si para ante el público y mis lectores estaba ó no en el caso
»de hacer algo mas que una simple y vaga declaracion, insuficiente para
»que los lectores de V. se precavan.

»No quiero ser aquí juez contra V., ni creo tampoco que puede V.
»serlo de sí mismo; pero superiores eclesiásticos tiene V. á quienes res-
»peta y que de seguro le estiman; para no remontarse mucho, tiene V.
»por de pronto un Obispo ó un Arzobispo de quien es diocesano. ¿Por
»qué no somete V. su libro al juicio de ellos? Si yo me he engañado, pron-
»to estoy á dar á V. satisfacciones públicas; pero si los jueces de doctrina
»hallan en los escritos de V. los mismos errores que yo he encontrado, V.
»veria el medio de repararlos en la forma y medida que la prudencia de
»sus superiores le indicase ó que le aconsejasen á V. su fé y su virtud. La
»misma obligacion creo que tiene el Sr. Luis Veillot, como editor y pro-
»pagador del libro de V. inserto en una *Biblioteca Nueva de la Religion*,
»destinada á un gran número de lectores. Ni por parte de uno ni por par-
»te de otro hay en esto nada que repugne á la sinceridad, á la rectitud,
»y modestia de un católico.

»En cuanto á los artículos publicados por el Sr. Veillot en el *Univers*

»con motivo de mi critica, tengo, señor marques, el intimo convencimien-
»to de que un hombre del carácter y gravedad de V. ninguna parte ha
»tenido en aquel modo de tratar lo que hay mas sagrado en la tierra: la
»verdad de la doctrina cristiana y la enseñanza teológica. Pero siento de
»todos modos que tenga V. la desgracia de ser defendido con semejantes
»armas. Con el uso malhadado que en ocasiones hace aquel periodista del
»talento que Dios le habia dado para emplearlo mejor, compromete mu-
»chas veces hasta las mejores causas por el modo con que las defiende,
»tan poco digno de ellas, y no menos indigno, lo digo con pena, de su
»fé y de su corazon.

»¡Cuán distantes se hallan de esta manera de escribir, los pensamien-
»tos y el estilo de V. señor marqués! Yo he leído sus *discursos* y su *En-*
»*sayo* con grandísima atencion; y entre muchas cosas verdaderamente ad-
»mirables que en ellos he encontrado, he tenido el disgusto de hallar
»tambien muchos errores gravemente perjudiciales á la verdad, si bien
»jamás ha escrito V. una sola palabra que tienda á burlarse de la discusion
»de las verdades mas sagradas. Ese tono zumbon, que San Pablo llamaba
»*scurrilitas quæ ad rem non pertinet*, son en verdad cosas tan estrañas á la
»dignísima persona de V. como siempre lo fueron á la gravedad distintiva
»de la noble y sensata nacion española á que V. pertenece, y que tan dis-
»tinguidamente representa entre nosotros.»

»En Francia solemos ser mas ligeros; pero en cosas de religion al me-
»nos no lo habíamos sido nunca hasta que el autor de las *Provinciales* y
»Voltaire iniciaron aquí aquella mala escuela, cuyo triste lenguaje no de-
»bieran jamas imitar los verdaderos católicos.»

»Permitame V., señor marqués, decirle para concluir, que sea cual-
»quiera el resultado de la presente controversia, no habiéndose en nada
»menoscabado la caridad cristiana de mi corazon, tambien V. por su
»parte se dignará perdonar el disgusto que, involuntariamente y obligado
»solo por mi amor á la verdad, haya podido causar á una persona que res-
»peto, y á quien siempre respetaré profundamente.»

»Dígnese V. por tanto, señor marques, aceptar el homenaje de la
»sincera y especial estimacion que le profesa su humildísimo y obedienti-
»simo servidor—El Presbítero P. GADUEL, vicario general, y antiguo pro-
»fesor de teología.»

»Para que un autor conciba inquietudes graves acerca de la ortodoxia
»de sus escritos, no nos parece bastante el que á un periodista se le antoje
»señalar en ellos errores de importancia; aunque ese periodista tenga el
»honor de ser un eclesiástico, aunque haya pasado toda su vida estudiando
»y enseñando la Religion, es menester que sus criticas no sean tales que
»hagan dudar de su competencia en las materias que trata; es menester que

no estén clara y manifiestamente inspiradas por la *pasión* y el espíritu de *partido*; es menester que no estén fundadas en *textos truncados*, aislados con mala fé del período que explica y completa su sentido, ó artificialmente puestos en un cotejo á que no se prestan, y siempre acompañados por último, de una interpretación que les da un sentido enteramente diverso del que tienen en el libro mismo. Las críticas hechas de este modo y por éstas razones ni pueden ni deben poner á ningún autor en cuidado.

En cuanto á la obligación de someter al exámen de la autoridad eclesiástica el libro del Sr. Donoso, no tenemos aquí que dar cuenta de las medidas tomadas para satisfacerla cumplidamente: baste al Sr. Gaduel saber que hemos pensado muy mucho en ello, y que se hará no solo por lo que respecta al libro del Sr. Donoso Cortés, sino á todos los demás que forman la escasa colección de los de la *Biblioteca Nueva*. Pero mientras se ve el resultado de un exámen que puede aun prolongarse, permitáenos el Sr. Gaduel discutir sus acusaciones y poner en su lugar verdadero los procedimientos que ha empleado para justificarlas.

VI.

No nos parece en verdad que se necesita haber cursado mucha teología para refutar al Sr. Gaduel: bastan, en nuestra opinión, un poco de buen sentido, un poco de buena fé, y aquel conocimiento de la religión que debe tener todo sincero cristiano de vulgar entendimiento para comprender si el autor de un libro dice en él ó no dice que hay muchos dioses, que Dios es autor del pecado, que el hombre está privado de razón y de libre albedrío, y otras monstruosidades semejantes. De todas ellas se ha formado, sin embargo, un ramillete para acusar al Sr. Donoso: nosotros le pedimos perdón por defenderle de semejantes acusaciones, así como se lo pedimos al público por perder nuestro tiempo en probar lo que es evidente: á ello nos fuerza empero el apasionamiento de nuestros adversarios, y es una humillación que se necesita sufrir con paciencia.

Empieza el Sr. Gaduel sus acusaciones, diciendo que el Sr. Donoso enseña que hay tres dioses: cualquiera diría que aquel buen señor bromeaba; pero nada de eso, habla muy formalmente. «Este es un enorme error» exclama casi con espanto. ¡Y tan enorme! decimos nosotros, si se hubiera cometido. En seguida trata el Sr. Gaduel de cómo este error se llama el triteísmo, y tomando, para explicarlo mejor, las palabras de Witasse, cita este pasaje descriptivo. «Los triteístas, queriendo definir la naturaleza divina como la naturaleza humana, decían que en las tres personas no había sino una sola naturaleza, genéricamente común, pero numéricamente distinta en cada una de ellas, si bien, como observa Ni-

céforo, se esforzaban todo lo posible para no llegar á decir que había tres dioses ó tres divinidades.»

Una vez invocado este texto de Witasse, gracias hay que dar al Sr. Gaduel, porque haciendo justicia á la buena fé y á las intenciones ortodoxas del ilustre publicista español, viene en resúmen á acusarle de que profesa el triteísmo, poco mas ó menos como el *Villano* de Molière hablaba la prosa, sin saberlo; puesto que el Sr. Donoso «al querer explicar la Trinidad de las personas, no advierte que destruye la unidad de la esencia.» Y cuenta que el error no está aquí solamente en las expresiones, pues el crítico asegura bajo su palabra que también está en el entendimiento del autor del Ensayo: «Es un enorme error, no sospechado siquiera por el Sr. Donoso, pues que lo reproduce en dos ocasiones, y con mas insistencia todavía en la segunda que en la primera.» Y mas adelante; «El fondo de las ideas es aquí demasiado grave para detenerse en lo raro del estilo, y en la dolorosa extravagancia de semejantes expresiones.» Despues viene citada por el Sr. Gaduel la comparación triteísta «empleada con tan marcada complacencia por el Sr. Donoso.» Detrás de estas citas, como rematando el proceso, vienen Witasse y Nicéforo.

Con verdad sea dicho, también nosotros por nuestra parte hacemos justicia á la buena fé y á las intenciones del Sr. Gaduel: de seguro no ha querido dar á entender que el Sr. Donoso, si bien se esfuerza todo lo posible por no llegar á decir que hay tres dioses ó tres divinidades, no crea realmente en la unidad de Dios; pero no es menos cierto que con intención ó sin ella el Sr. Gaduel viene en resúmen á aplicar al Sr. Donoso aquella observación de Nicéforo acerca de los triteístas, y que semejante odiosa insinuación salta á los ojos del lector, aunque el Sr. Gaduel no lo pretenda.

Por consiguiente, la acusación, tal como resulta, puede formularse así: El Sr. Donoso Cortés da de la naturaleza divina la misma idea que dan los triteístas; y la misma también que dan los *maniqueos*, pues que estos, segun Witasse «no reconocían en la naturaleza divina mas que una simple unidad genérica, á la manera que existe en los hombres, los cuales todos tienen una misma naturaleza humana.»

Véase ahora, despues de todas estas acusaciones y de todas estas citas para probarlas, en qué términos confiesa el Sr. Donoso el augusto misterio de la Santísima Trinidad:

«En lo mas escondido, en lo mas alto, en lo mas sereno y luminoso de los cielos, reside un tabernáculo inaccesible aun á los coros de los ángeles: en ese tabernáculo inaccesible se está obrando perpétuamente el prodigio de los prodigios, y el misterio de los misterios. Allí está el Dios católico, uno y trino: uno en esencia, trino en las personas. El Padre